

Kenai busca un hogar

victoria lis marino



Capítulo 1

Kenai busca un hogar

Kenai era un gato un poco perezoso, tenía las patas color caramelo y su cuerpo blanco inmaculado, hay quien decía que se parecía un poco a un te manchado. El pelo era tan largo que a veces, si nadie lo cepillaba, se le hacían grandes bolas de nudos, que ni él podía desenmarañar.

Kenai tenía dueños, sí, lo que pasa, es que casi no cuidaban de él. Si se acordaban le dejaban algo de comer y le hacían algún mimo, pero la mayor parte del tiempo lo ignoraban. Por eso, Kenai era una especie de gato vagabundo del barrio, porque estaba siempre afuera, pidiendo cariño a cada transeúnte que veía pasar por la vereda, escapándose a las casas de los vecinos para encontrar algo de comer, persiguiendo ratoncitos y pajaritos para no estar tan aburrido, escondiéndose debajo de los autos los días de lluvia.

Un verano, la familia de Kenai se fue de vacaciones, y como era costumbre, olvidó al gato afuera. Hacía calor y Kenai tenía que tomar el agua que encontraba, más bien, la que se acumulaba en las hojas de las plantas del vecino, cada vez que activaba el riego; comer era casi una cruzada imposible y en la cuadra nadie parecía darse cuenta.

Kenai estaba tan triste que decidió emprender un viaje en busca de un hogar, es que él soñaba con una casita donde dormir tranquilo, en la que algunos niños le hicieran cariños y en las noches de frío alguien lo abrazara para dormir. El no había hecho nada malo, era bueno, no molestaba, se llevaba bien con otros animales, y no entendía por qué su familia no le prestaba la atención que merecía. Por eso, ese verano, Kenai, se marchó en busca de un nuevo hogar

Como a la mayoría de los gatos, a Kenai le gustaba la noche. Prefería caminar bajo las estrellas, que bajo el ardiente sol estival, y decidido, hurgando entre bolsa de basura y miguita abandonada en la vereda, Kenai comenzó a caminar, sin prisa pero sin pausa. La primera noche se refugió en la ventana de un bar. La gente entraba y salía y más de una joven le entregaba una sonrisa. Kenai pensó que, si se quedaba ahí lo suficiente, alguien se apiadaría de él, pero eso no pasó; sus encantos no bastaron para seducir a la muchedumbre divertida y sin preocupaciones de la noche madrileña.

Vagabundeó por el centro de la ciudad y se deleitó con algunos pedacitos de pescado que le dieron cerca del mercadito de San Miguel, pero decidió continuar viaje. Su corazón le decía que había que seguir camino.

Al tercer día de marcha y ya con mucha fatiga, Kenai llegó a un barrio de lo más lindo. Había casas con jardín, muchos árboles, flores y hasta una plaza de lo más mona. Como tenía mucho sueño, se acomodó debajo del tobogán y se quedó profundamente dormido, quién sabe cuántas horas durmió.

Qué sorpresa se llevó Kenai al ser despertado al compás de un griterío de chiquillos que corrían de aquí para allá. Por un segundo el gato se sintió asustado, pero después recordó su misión y se relajó, estaba ahí para encontrar un hogar.

La primera en detectar su presencia fue una pequeña niña que jugaba a las escondidas. En el momento en el que se acomodó debajo del tobogán vio a una extraña bola de pelos hecha un ovillo. Tanta fue la curiosidad de Lupe que tocó al animal para ver de qué se trataba, y con un pequeño ronroneo Kenai le agradeció. Según Lupe, ese gato era el más lindo del mundo.

Sin importarle demasiado el qué dirán, la niña tomó al gato en sus brazos y lo llevó corriendo donde su hermana, escondida en el lugar de siempre: detrás de la gran magnolia.

Clara la miró, después vio al gato y le preguntó a su hermana de dónde lo había sacado. Lupe le dijo con honestidad brutal: "Esta en la plaza, perdido y necesita una casita". ¡Vamos a hablar con mamá!, le respondió su hermana.

Kenai ya no temblaba, sólo confiaba, estas dos niñas le gustaban mucho, los brazos de Lupe eran cómodos y su corazón puro, desinteresado, quizás, había hallado su destino.

Cuando la mamá de Lupe y Clara las vio venir de la plaza con la bola de pelo en brazos, decidió no poner el grito en el cielo para no ser anticuada. Examinó al gato con una mirada inquisidora, estaba a punto de retarlas cuando Kenai la miró a los ojos. Era una mirada suplicante, melancólica y fulminante, simplemente irresistible. En ese momento la mamá de Lupe y Clara supo que tenía una misión que cumplir, enseñarle a sus hijas a cuidar a su nueva mascota.

Y así fue como Kenai consiguió lo que quería, una cama cómoda donde dormir a los pies de su amada Lupe, un plato de comida todos los días, agua sin discreción, cuidados, mimos, paseos y juegos. Kenai se convirtió en el gato más amado del mundo, su nueva familia le enseñó lo que era el amor, y él les enseñó a ellos lo que era el agradecimiento, Kenai llegó a su hogar y esta vez, no lo dejó escapar.